



GEDEON ES EL PERIÓDICO DE MENOS CIRCULACIÓN DE ESPAÑA



GEDEON

DIPUTADO Á CORTES POR MADRID

SEMANARIO SATÍRICO
SE PUBLICA LOS JUEVES
DIEZ CÉNTIMOS el número
ADMINISTRACIÓN
Costanilla de los Angeles, 1

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

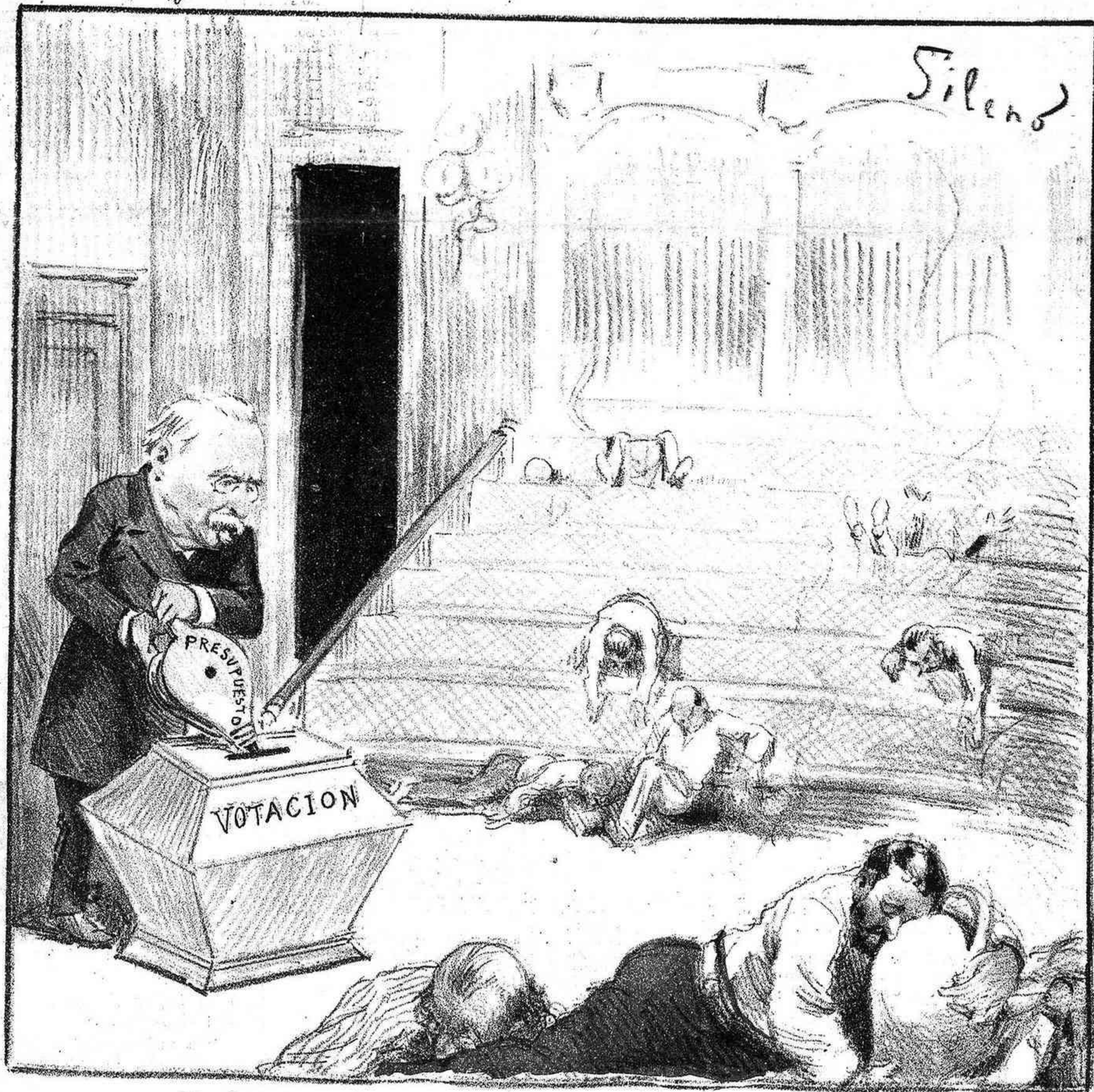
Madrid, trimestre	1,50 pesetas.
Año	6
Provincias y Portugal, trimestre	2
Año	8
Número atrasado	0,25
35 ejemplares	1,50

AÑO II.

Madrid 23 de Julio de 1896.

NÚM. 37

ÚLTIMAS DECLARACIONES DE CÁNOVAS



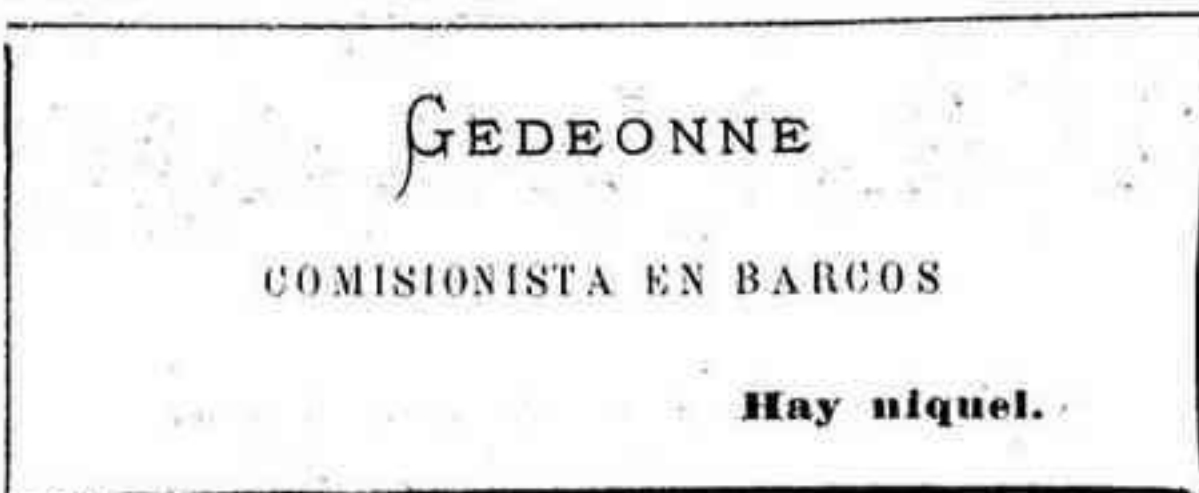
Ed. José del Valle, 36.

Por lo demás, tendremos tres minutos sin aire: en el entretanto se aprobarán los presupuestos.

LOS JUEVES DE GEDEÓN

—Hola, hola, Gedeón, ya estás haciendo el mundo.
—Sí, querido Calinez, pero no se lo digas a Morlesin, porque tendría celos.
—Pues ¿qué mundo ha hecho Morlesin, para encelarse de que tú hagas otro?
—El mundo en que vivimos es obra suya; ¿caso lo ignorabas? Noherlesoom no le proporcionó más que la lluvia; todo lo demás lo fabricó él solito en la Huerta.
—Y lo sacó también de la nada?
—No; de la nada sacó únicamente a los diputados de la mayoría.
—Bueno; ¿y tú, dónde vas?
—Donde me mande Cánovas. El otro día tuvimos una conferencia Lastres y yo con él. A mí no me mandó nada, pero a Lastres sí le mandó a la... Espera que recuerde. A la... Muera de Orduña. Como se propone hacerle ministro por lo bien que ha llevado la discusión del Mensaje, quiere tenerle en sal muera para un pronto.
—Parecerá un ministro en conserva.
—Todos los ministros conservadores están, su nombre lo dice, en conserva. El mismo Linares Rivas es un Aureliano bien conservado, y de Cos Gayón no se diga nada. Podría ser abuelo de sí mismo, y parece el jefe natural de Peña Ramiro.
—Pero no tienes ni el menor indicio del punto donde irás a dar con tus huesos?
—Yo desearía un sitio fresco y de representación.
—Vete a la Zarzuela a ver a Vico.
—¡Caramba! No creas que me pesaría, pues, según dicen, hace un Juan José de primer orden.
—Sí; pero en la escena final, cuando ahoga a Rosa, apenas tiene que trabajar nada.
—¿Por qué?
—Porque en cuanto le pone las manos en el cuello ya le produce la asfixia. Eso es trabajar a medias con el calor, y a mí me gusta el arte puro.
—Sin embargo, he oído que esa escena causa gran impresión a los espectadores.
—Figúrate, como que todos sienten los mismos síntomas que Rosa. Y a propósito de síntomas de ahogo, dicen que hay crisis.
—¡Bah! Voces que hacen correr las minorías. Quiénes son los que van a salir?
—Castellano y Navarro Reverter.
—Antes le saldrá a éste el pelo, Calinez ¿Y cuáles son los motivos que invocan para justificar ambas salidas?
—Los fracasos de los presupuestos.
—¿Pero qué presupuestos han fracasado? ¿El de Cuoa? Pues eso es una injusticia. Castellano hizo una obra de verdadero mérito, sin descuidar perfil ni perdonar detalle. No se le olvidó más que una cosa: que hay guerra en la isla. Salvo esto, todo lo demás estaba perfectísimamente. Respecto a los arriendos de Navarro Reverter, lo único que no nos arrienda es la ganancia; pero la sal, el tabaco, el azogue, la lotería, la respiración, nada se queda sin su arriendo correspondiente.
—¿De modo que los tres minutos sin aire eran también cosa del Ministro de Hacienda?
—Pues, naturalmente; había arrendado el aire de esos tres minutos a la casa Rostchild. Ahora bien; como el proyecto está sin aprobar, de ahí que el suceso fallara.
—¿Y cómo nos dejará sin aire Navarro Reverter? ¿Haciendo el vacío?
—No, el vacío está ya hecho. Le bastará con levantar la tapa de la caja del Erario público o quitarse el sombrero.
—¿Qué hombre más admirable! Para todo sirve y a todo aprovecha. Es una gloria nacional. Anoche estaba en la Zarzuela viendo disolverse a Vico, y me recordó los buenos tiempos del teatro Español, cuando trabajaban Vico y Calvo juntos. Mentira parece que de su cabeza hayan salido tantos proyectos especiales, tantos cálculos, tantos números, y que no se haya equivocado en un pelo. Tiene la poesía de Moret y el carácter austero de un calvinista. Los liberales se están portando muy mal con él, y yo, en su caso, les echaría desde el banco de rejilla una buena peluca.
—Pues yo en su caso me la echaría a mí mismo, y eso iba ganando. Pero no te falta razón, Calinez. ¿A qué ese empeño de los fusionistas en oponerse a lo del azogue? ¿Acaso no tienen en sus filas a don Segismundo? ¿Qué más azogue les hace falta? Tampoco quieren que se arriende la sal, sin duda en consideración a Bcerra, y esto ya me lo explico. En cambio no hacen gran hincapié en lo de las loterías, y es que no ven tan próximo el premio gordo. Y claro, negándole al Gobierno el azogue, la sal y la lotería, ¿cómo va a gobernar, cómo va a concluir la guerra de Cuba? Por eso decía D. Antonio: «O todo, o nada; o me dan ustedes el azogue, o despejo el Gabinete.»
—Naturalmente; yo siempre he visto que ocurra así. Sin azogue, el despejarse es cosa inevitable. ¿Pero quién ha movido todo este alboroto contra los proyectos financieros?
—¿Quién ha de ser? Gamazo.
—¿Y por qué?
—Porque teme que cuando él venga no quede ya nada por arrendar. Y entonces, ¿qué va a ser de su

cuñado, que siempre se lo toma Sagasta para ésta o la otra cartera?
—Y D. Práxedes, ¿qué dice de tal barahunda?
—D. Práxedes no dice nada. Está muy satisfecho paseando por la vega de Avila y olvidándose de la Vega de Armijo. Sin embargo, sus amigos, que no le quieren bien, se proponen visitarle en su dulce esquividad para pedirle un consejo.
—¿No será el de los ferrocarriles, porque ese no lo suelta ni a tres tirones.
—No, el consejo de lo que deben hacer si Navarro Reverter sigue empeñado en empeñarnos.
—Pues ese consejo es bien fácil de dar; ponernos en alcanfor para que no nos entre la polilla, porque después de Beránger es lo único que nos faltaba. Y a propósito, ¿qué se ha hecho del Signor Perrone, el del níquel?
—Unos dicen que ha vuelto a Génova y otros que ha ido a Turquía.
—¿Para qué a Turquía?
—Para dar el tercer golpe a los cruceros. El primero se lo dió en la República Argentina; el segundo aquí con el gran Beránger, y el tercero allá con el gran Turco.
—Por algo decía nuestro ministro del ramo que esas planchas del níquel eran maravillosas. ¿De modo que nos quedamos sin barcos?
—No, amigo Calinez, pero gracias únicamente a mí. Sabrás que un astillero suizo me encomendó su representación para la venta de cinco torpederos y un Campi lo quo tiene recién barnizados. Inmediatamente me presenté a Beránger, haciéndole pasar mi tarjeta:



Y el ministro me recibió con amabilidad suma. Estamos en tratos para el negocio, no teniendo que solventar más que una diferencia de cinco céntimos en torpedero, diferencia que probablemente echaremos a cara o cruz. Beránger está decidido a tener marina, y la tendrá. Yo compro todo lo que se presente, me dijo; desde el bote de una pelota hasta el crucero de una catedral, todo lo abarco.
—Y así debe de ser; cuando se persigue un propósito hay que tener resolución y manga ancha. A propósito; Beránger podía hacer con Morlesin un buen negocio.
—¿Cómo?
—Comprándole la nave del Estado.
—Tienes razón; se lo indicaré en mi próxima conferencia.

LOS INMORTALES DE GEDEÓN

(DON FRANCISCO DE QUEVEDO)

Califica a su Castellano un Cánovas de buena calidad

Mi marido, aunque es chiquito...

Castellano, aunque eschiquito, Si he menester un empréstito, su cabeza es mercader, pues deja que me le hagan sin hacer que me le den. Así Concha Castañeda (alias el Matusalem), juzga que estoy decadente desde que me falta él; mas con Castellano, Concha, lo mismo que evertier apurado se vería, pues a hacendistas de bien si topan con el chiquito les habra de sacar igual, por que al fin y al cabo el nene es aragonés.

Descubre Manzanares secretos de los que en él se bañan

Manzanares, Manzanares, que ya de sed se me mueren (res), diputados y mosquitos. Yo soy el río avariento que de los Rochiles frito no lleva ya en su corriente ni tampoco un perro enico. Estos andrajos de crédito que por Navarro mendigo me los dan y me los trago y muy pronto los vomito. Hácenme de sus pecados confesor muchos conspicuos, y horror me da contemplarlos, cuando arrojan los postizos. De mentirosos discursos y embelecos van vestidos y al llegar aquí, se dejan en las orillas el río. ¿Qué cosa es ver a Sagasta que viene con sus sobrinos envuelto en ferrocarriles medio nieve y medio cisca, desnudarse de un Consejo

que es cecina deste siglo y bañar de ánima en pena su Cruz, u Amós y su Tirso! Enjuagaduras de Albertos y cascapias de los Cívicos, son mis corrientes y arenas: yo lo sé, aunque no lo digo. Un marqués quiso colada hacirme y sali rastrillo; donde veía conejos, le resultaron crizos, u Holguines, que cada día usando de un artificio apelmazaban la olla con la grasa y el tocino. Yo vi un Labra azul de cue- (llo y mulato de entresijos, modelo de autonomistas y auditorio de sí mismo. No todos nadan en carne los señores que publico, que hay Canga - Argüelles (que pescan abadejos cinco a cinco. Por conocerlos a todos, con todos estoy malquisto: con fusionistas si callo, con canovistas, si digo. Ya fuera muerto de asco si no diera a mis martirios ayuda Linares Rivas con su mirar cristalino. Río de Romero soy si con sus dientes me río, y de Martínez Estebanes por lo fértil y lo rico. Soy el mar de las sirenas, y si canto sus hechizos, me acompaña en el trombón el buen Narciso Campillo. A méritos ni esperanzas no hago caso y los olvido, que el amo de Morlesin los mira con ojos bizcos, y su trocadero mirar ahora ya no desafío, que la ira se desahoga por cualesquier canalizos. Preciese como las rosas Don Segis de fresco y lindo, que sus mejillas le valen mientras yo estoy amarillo. Las desventuras que paso no las sabe ni Canido, pero me burlode todos y con eso me desquito. Esto dijo Manzanares; Gedeón pegó un respingo, y aunque ya se había puesto tonelete y calzoncillos, allí no quiso bañarse, llegóse muy decidido a una casa balnearia que hay muy lejos de aquel (sitio con dos leones de bronce delante del peristilo, y en lugar de Baños drabes, Lios drabes vió escrito.

SANTA PRÁXEDES

En cuanto al nombre del ilustre jefe del partido liberal, hay muchos fusionistas que están en duda, lo mismo que respecto al planteamiento de la ley de reformas en la gran Antilla.

No saben si es santo o santa.

Pero si en vez de leer, *verbi gratia*, el Año político de Soldevilla, leyeran el Año cristiano, ya sabrían a qué aureola quedarse y le dirían al jefe cuando se marchó a jalearla desde Avila:

—Sagasta, Sagasta, ¿tienes nombre de mujer!

Mas en este asunto, como en otros muchos, el partido del morrion vive aún en el limbo progresista, aunque hemos de confesar en su abono, que la determinación del sexo de un santo no es cosa tan fácil cuando el santo se vuelve de espaldas, que es lo que ocurre con los fusionistas cuando andan en la oposición.

Esto, sin embargo, no tiene importancia, porque sea santo, santa o santito (este San Tito no es, como pudiera creerse, el patrono de Frontaura); sea arcángel, viuda, mártir o confesor el santo del jefe del partido, en nada empece a la celebración de esa fiesta onomástica, que es el acontecimiento liberal de la semana, así como el acontecimiento conservador y también onomástico, es el cumpleaños-económico del Sr. Navarro Reverter.

Con poco patriotismo, según Cánovas, le dicen los liberales al ministro de Hacienda que se aguarde con sus empréstitos, sus autorizaciones y sus prórrogas, porque, aunque sea su cumpleaños-económico, también es verdad que todos los santos tienen octava, si bien esa octava, con todos sus bemoles y sostenidos, sólo Aguilera puede abarcarla con la mano, y mientras tanto, ¡oh consecuencias funestas de la parcialidad política! cada ex ministro liberal, cada diputado de la minoría, cada quisque y cada Ferreras, ha comprado el obsequio correspondiente que llevar a Avila en gran velocidad, con objeto de llenar de chismes a D. Práxedes en el fausto día de su santo.

¿Cómo quisiera yo tener ahora la pluma de Figaro u otra semejante, para glosar su famoso artículo de costumbres *El día de días*, que de seguro vendría como anillo al dedo para pintar la comida que dé don Práxedes a los suyos (a sus parciales, no a sus dedos) en su actual retiro de Avila!

Pero como yo no tengo entrada en el comedor de Sagasta, ni en otro alguno comedor político, limito mi información a una breve reseña de los obsequios y regalos llevados al jefe por sus fieles adeptos y admiradores.

Vega Armijo le ha llevado una bonita reproducción en escayola del castillo de Mos, no solo para que vea D. Práxedes que Vega Armijo es tan castellano o más castellano que Gamazo, sino porque siendo el de Mos un «castillo famoso», quizás «alivie el miedo» del ilustre jefe del partido liberal.

Conviene advertir que el castillo no lleva barbacana.

Porque la barba cana es de Montero Ríos.

Algunos diputados de la minoría que se han dedicado al misticismo con estos calores, se han acordado al mismo tiempo de D. Práxedes y de la sublime Doctora de Avila, y han enviado al jefe otra plancha (parece mentira que le quepan más a D. Práxedes), con estos versos grabados en ella:

«Vivo sin vivir en mí,
y tan alta vida espero,
que muero porque no muero
de asfixia en este Madri.»

Núñez de Arce le ha remitido un ejemplar de *La Pesca*, dedicado al presidente del Consejo del Norte

y otro de *La última lamentación de lord Moret*, con dedicación al jefe del partido.

Aguilera, su retrato en un transparente, con objeto de que pueda arrollarse en el cilindro y se vaya viendo poco a poco.

Beñerra, un ejemplar del *Manolito*, tragedia para hacer reír y ministro para hacer llorar.

Amós Salvador, conspicuo pelotari, remite á su tío una escena del partido de pelota y otra del partido en pelota, como cumple á los rigores caniculares del Parlamento.

Ferreras, un moro; Moret, una Mora, y León y Castillo, que es el trompa del partido liberal, un morito.

Maura, una colección de escupideras, todas las de su casa. A él no le sirven, porque ya ha demostrado en el Parlamento que sabe tragar saliva.

D. Venancio González, no le regalará nada porque no tiene á mano otra cosa que los quesos manchegos, y por nada del mundo le da él el queso á su querido jefe.

El general López Domínguez envía á D. Práxedes varios canarios! para que sirvan de contrapeso á las jecollas! del Sr. Cánovas.

El Sr. Castellar se une con el Sr. Gamazo para obsequiar al señor de los días con un pan de trastrigo, en el que cada uno de los donantes pondrá la parte que le corresponda.

Y por último, Gedeón, adversario irreconciliable del Sr. Sagasta (lo mismo que de todos los demás políticos españoles, desde Mella hasta el compañero Iglesias), le remitirá al Sr. Pasquín poniéndole de oro y azul.

EL VERANEO

En las últimas horas, y por diferentes caminos, han salido de Madrid:

El ministro de Marina, para Navalcarnero.
Manolito Paso, á Niebla y luego á Ginebra.
El director del Tesoro, á Noain.
D. Narciso Campillo, á Olóriz.
D. Arsenio Martínez Campos, á Onteniente.
D. Martín Esteban, á Oropesa.
D. Víctor Balaguer, á Magacela.
D. Atanasio Morlesin, á Meco, á buscar la bula.
D. Eduardo Bustillo, á Molar.
Los reporters políticos, á Mérida.
El *Liberal*, á Lezama (Bilbao).
Feliú y Codina, á Alcorcón.
El gobernador de la provincia, á Alerre.
Flores García, á Aldeanueva.
Doña Emilia Pardo, á Archidona.
D. Francisco Silvela, á Avignon, á llorar el cisma.
D. Julio Urbina, á Argamasilla de Alba.
Rafael Guerra, á Arjonilla.
El ministro de Hacienda, á Cabezón de la Sal.
La minoría carlista, á Carcagente.
La Arrendataria de Tabacos, á Ceniz.
El ministro de Ultramar, á Cumbres Altas.
El de Gracia y Justicia, á Cumbres Mayores.
Pozo Rubio, á Ciempozuelos.
El cardenal Cretoni, á Cisneros.
La daga florentina, á Empalme de Morón.
Mr. Taylor, á Mataporquera.
Labra, á Montoro.
Los órganos republicanos, á Móstoles.
Linares Rivas, á los Ojuelos.
Ferreras, á arrinconarse en Viena.
Azcárraga, á Quinto, por tercera ó cuarta vez.
Guillermo Rancés, á Redondela.
Gálvez Holguín, á Teñaleque.

DE OJEO

El Sr. Pi y Margail publica de vez en cuando unos articulos del género más perogrullesco y cursi que se conoce.

El Tácito español (como le han llamado algunos críticos), al presente escribe el castellano con la misma elegancia que su grande amigo el tío Sam.

Vaya este botón de muestra.
«Detenian las montañas al pie de los valles las locomotoras y la industria las condujo por las lóbregas profundidades de los cerros.»

¿Qué les parece á ustedes ese parrafito? Al Tácito español se le enredaron articulos y mas articulos en una sola frase y no supo cómo darles salida.

Y ¿qué opinan ustedes de eso de las montañas que detienen locomotoras al pie de los valles? Si el valle es una llanura entre dos montañas, no debe ni puede tener pies ni cabeza.

Lo mismo les pasa á los articulos de D. Francisco. Yo, ya casi prefiero *La campana de Huesca*!

¡Ah! Y bueno será advertir que en el mismo articulo anuncia D. Paco lo siguiente:

«Sus prodigios (los de la industria) arrancarán de nuestras liras acentos desconocidos de los antiguos poetas.»

Ea, ¿qué apostamos á que no arrancan semejante cosa y menos de la lira de su merced? ¿Dónde tiene la lira el Sr. Pi y Margail? ¡A ver, que la enseñe!

Pero dejémosle concluir en tono sentencioso: «¡Dichoso el que no cierre nunca su oído ni su alma á la voz de la humanidad ni á la del hombre!»

Esto lo he leído yo en alguna parte, hace ya unos cuantos siglos: en algún folleto de Suñer y Capdevila ó de Boix ó de Martí-Miquel...

Porque una tan sutil distinción como esa establecida entre la humanidad y el hombre considerado en abstracto, es cosa de las que producian efecto seguro en tiempo de García Ruíz.

Ahora, ¡oh venerable Tácito español! no nos impresionan las frases hondisonas. Y si quiere su merced probarlo, váyale hablando de la humanidad y del hombre al Sr. Tejada de Valdosa y le tirará á su merced encima alguno de esos dos apellidos.

Artículo de fondo en un diario de gran circulación: «Ante el espectáculo de los grandes personajes y de los principales responsables de nuestras desdichas, que se dispersan ó se eclipsan...»

Eso cree Gedeón, que en cuanto los personajes se marchan, ya están eclipsadas ó dispersas nuestras desdichas y lo estarían del todo si el fugarse los personajes fuera para siempre.

Pero el articulista se propuso decir que quien se dispersaba eran los personajes.

¿Por qué no lo dijo?

Porque después había de añadir:

«¡Qué contraste tan irritante y tan doloroso el que existe entre esta noble nación, siempre dispuesta al sacrificio, y los hombres, siempre dispuestos á la evasiva ó á la defección que la gobiernan.»

¡Claro! Gobernándonos la evasiva y la defección, se hace necesario apelar á la fuga.

Y leyendo algunos fondos, no hay más remedio que echar á correr.

El Sr. Calvo Revilla declara, relatándonos varios incidentes que le ocurrieron, que un día recibió una carta con la firma borrosa y con dos únicos renglones.

Pues si eran únicos, difícil es que fuesen dos.

Porque único es lo que no tiene pareja: aquello que es solo y sin otro de su especie.

Vamos, como era Rafael Calvo en la familia.

Ya comienzan los corresponsales veraniegos á hacer le las suyas.

Uno de ellos, le escribe á *El Liberal* desde Panticosa:

«El nuevo hotel, situado á la izquierda, á la entrada del balneario es inmediato al río Ibón...»

Y, en efecto, Ibón es una laguna como otras muchas que hay en los Pirineos, y que también se llaman ibones, según sabe todo el que ha ido á Panticosa y muchos que no han ido.

¡Ahora, vaya usted á fiarse de todos los nombres que cita á continuación ese corresponsal!

Puede que afirme haber visto allí á Feliú y Codina y luego resulte ser Zeda, que es de menos calibre... material, se entiende, porque del otro no se llevan ni el canto de un Shaw.

... y armas al hombro

Parece que Castellano está resuelto á irse del Ministerio y hasta á llevarse consigo á González Beltrán.

Son muchos, por lo visto, los motivos de disgusto que tiene el ministro de Ultramar.

Pero el principal es aquel abrazo que dió á Moret después de su discurso el Sr. Romero Robledo: pues nunca hizo otro tanto con D. Tomás.

Ahi tiene usted lo que se ha perdido por no hablar. Y Dios sabe lo que se hubiera ganado si habla.

Del *Palique* inserto en el último número de *Madrid Cómico*:

Le propongo á GEDEÓN este sencillo problema: ¿A quién, siguiendo en su tema, debe llamar Sarpedón?

Para el mismo Morlesin (1) fuera el problema sencillo: Sarpedón es el Clarín de la diana de Campillo.

CLARÍN.

GEDEÓN.

Apenas apareció el tercer montón de *Ripios Ultramarinos*, obra del amigo Valbuena, ya le ha salido á éste un terrible competidor.

¿Quién? El Sr. Castellano.

Su presupuesto de Cuba, es un cuarto montón de ripios de Ultramar, con la circunstancia de que hasta su autor resulta un ripio de ese Ministerio.

Aunque en honor de la verdad, es un ripio muy tolerable por lo menudo y sabroso.

Ha debutado en el Príncipe Alfonso un niño de once años y aragonés, que toca el violín prodigiosamente.

(1) Que no ha leído la *Iliada*, donde ya se habla de estas cosas.

¡Aragónes había de ser! ¡Qué precocidad la de los aragoneses para tocar algo!

¡Rediez con las criaturitas de sentido! Nuestro aplauso al niño del violín del Príncipe Alfonso, y al del violón del ministerio de Ultramar.

En Portugal continúa persiguiéndose como delito la mera posesión de billetes de la lotería española. Aviso á los que veranean por Figueira da Foz y demás playas lusitanas.

Veraneante, ¡cuidado! porque si la policía, te ve un billete premiado... te cayó la lotería.

El Sr. Castellano no deja oír su voz en el Congreso, porque cuando no brilla por su ausencia está afónico.

Y un periódico dice que el ministro de Ultramar depona su actitud de intransigencia y va á rehacer los presupuestos á gusto de los diputados cubanos. Es decir que el Sr. Castellano es un ministro sin voz ni voto.

Los diputados y senadores abandonan patrióticamente sus asientos por el mucho calor que hace en Madrid.

Más calor hace en Cuba, y sin embargo, continúan allí sin moverse los soldados es; añoles.

Los soldados, entiéndase bien. De los generales no hay que hablar.

Ya va cediendo la intransigencia de las oposiciones parlamentarias.

Por de pronto, en *El Tiempo* ya ha venido D. Paco con la rebaja.

Se conoce que los silvestistas tienen prisa por ir á bañarse.

Y seguramente, Cánovas les dejará remojar.

La prensa de Zaragoza ha dado una leccioncita á los periódicos de gran circulación guardando absoluto silencio acerca de la tan cacareada manifestación de algunas madres aragonesas.

Nadie se hubiera enterado de nada á no ser por los diarios madrileños.

Maestros, un poquito de discreción, y no sean ustedes... autonomistas.

Además, que en estas cosas, lo más grave es el mal ejemplo.

Ahora parece que se prepara una manifestación de madres de diputados de la mayoría.

Que van á ir á la Huerta para que dejen á los chicos ir á veranear.

En París un ministro ha subido en globo.

Y la gente (según los telegramas), al ver el color de la grimpola, confundió al ministro con Li-Hung-Chang.

¡Atiza! No ha hecho más que llegar y ya conocen los parisienses el color de la grimpola de Li-Hung-Chang.

En el *Heraldo de Madrid* ha visto con sorpresa Gedeón que su propietario está en San Sebastián.

Bueno, pues conste que el propietario de Gedeón es Gedeón mismo, el cual no ha salido de Madrid, y á quien le va cargando ya que varios caballeros propalen por esos mundos que son redactores ó propietarios de este periódico, cometiendo al decirlo una insigne falsedad.

Todos esos señores no tienen más parentesco con Gedeón que el putativo, el puramente putativo.

Harto lo demuestran apellidándose lo que no son, cosa muy usual entre esa gente.

¿Si tendremos que leerles la cartilla?

Anuncia *El País* la aparición de un feto misterioso en cierta elegante casa.

¡Cielos! ¿Si le habrán confundido, y será algún ministro afetado?

Pero no; la única renta en que esos señores no se han metido hasta ahora es la del excusado.

Dice *El País* que algunas personas de la familia... —vamos, por lo visto, de la familia del feto— declaraban que la señorita de la casa padecía cierta enfermedad cuyo nombre estampa con todas sus letras el apreciable colega.

Vaya, ¿á que no decían eso, y si lo decían, no eran tan distinguidas como parece esas personas de la familia?

Siempre resultará que el elegante feto ara un indocumentado, un sin vergüenza; en suma, un mal nacido. Esto ultimo puede suponerse.

Entre los laborantes deteni los por la policía de la Habana, figura el catedrático de Obstetricia de aquella Facultad de Medicina.

Y la verdad es, que no se alcanza á primera vista para qué querrán los mambises, un profesor de Obstetricia.

Cómo no sea para médico militar de algún escuadrón de Amazonas.

REFORMAS DE MADRID

Gedeón, que tantos motivos tiene de agradecimiento y obligación para con el pueblo de Madrid que lo eligió su diputado, aunque con protestas, se interesa vivamente en el proyecto de D. Alberto Aguilera para la urbanización completa de la villa y corte, comprendiendo en ello a los Sres. González (D. Venancio), Becerra y Sánchez Bustillo.

Al efecto, nuestro ilustre amigo propone las siguientes reformas:

Reconstruir el pilón de la Puerta del Sol, el cual cuenta con tantos aficionados entre los hombres políticos.

Dorar la bola de Gobernación para que el país se la trague con más facilidad.

Desdorar la del Banco de España, para que nadie pueda llamarse a engaño, y reemplazarla con una de papel mojado y prensado.

Hacer rozas en las paredes de la plaza de Santa Ana para que pueda pasar el Sr. Feliú y Codina cargado de laureles sin que moleste ni arañe la estatua de Calderón de la Barca.

Dejar en seco el estanque del Retiro para que el vecindario se ría de los peces de colores, sin necesidad de asistir a las sesiones municipales.

Poner un trajeito a los niños de La Cibeles y llevarlos a jugar con los luises.

Colocar un petardo en el nido de aguiluchos de La Equitativa y derribar la simbólica estatua de la Protección que se ve en el mismo edificio, la cual sólo protege a los golfos y sablacistas que acudan por allí abajo y a otros cuantos yankees del gremio.

Poner sobre la fachada de El Liberal la media naranja que no ha encontrado Fernanfior.

Achicar la puerta del Ministerio de Ultramar, que le está muy ancha al Sr. Ministro.

Reparar los desperfectos que en la estatua de Apolo han causado algunas reuniones poéticas que por allí suelen verificarse.

Ceder al centro filibustero de Madrid los sótanos de la plaza de la Cebada, y al partido autonomista los pisos bajos.

Apuntalar la estatua del teniente Ruiz para que no se caiga sobre algunos generales de los que van al Circo a instruirse en la plancha, en el trampolín y en el triple trapecio de Trípoli.

Sustituir la farola de arco voltaico que ilumina la plaza de la Estación del Norte, por una estatua de D. Práxedes Mateo Sagasta, vestido de bacante... presidencial, agitando en la diestra el alegre tirso (Rodríguez) y en la siniestra un trefle formado de pelotas de Modesto Sáinz, por D. Amós Salvador. La luz le saldrá a D. Práxedes entre la mano y la boca.

Construir un salón para la Sociedad de Conciertos en el palacio de Murga.

Arreglar el escenario del teatro Guignol para cuando tengamos eso del Teatro libre?

Llevar a varios reporters y noticieros políticos a que pueblen el estanque de los canards.

EN LA ZARZUELA

(Sudando la gota gorda.)



Al verle con tal calor
desempeñando funciones,
se me ocurre preguntar:
Pero éste—¿es Vico ó Bico-me?

BAÑO DE PLACER



Dibujo publicado en el *Nuevo Mundo* de 22 Agosto 1895.
(Este año ya asoma Sagasta por la ventana.)

22 de Julio FOLLETÓN DE "GEDEÓN." Núm. 4.

EL ÚLTIMO INFUNDIO DE ROCAMBOLE

La daga putrefacta

Novela traducida indirectamente del francés.

(CONTINUACIÓN)

De este modo iban pasando uno tras otro los conspiradores a una gran sala débilmente iluminada por cuatrocientos focos de luz eléctrica.

Una vez en ella, y antes de sentarse, un hombre joven aún, pero que ya había sido ministro, les detenía con las siguientes frases:

—Decid las palabras sagradas.
—«Abanico y concejal», respondían ellos.
—¡Está bien; sentaos!

Cuando todos ocuparon sendos asientos, menos dos conspiradores llamados los Civiles, que se sentaron en uno solo sin duda porque su nombre, ó digase apodo, les obligaba a sentarse por pareja, el misterioso ex-ministro de las preguntas, jefe sin duda de la conspiración, subió a un estrado y se sentó a su vez.

La mesa del estrado estaba cubierta de calaveras. Entre ellas había una urna, no cineraria, sino de votación.

Las paredes de la sala estaban completamente desnudas. En ellas se veían grandes carteles con la siguiente inscripción:

¡No os llevéis nada!

Esta advertencia era el único adorno del salón.
«Conjurados—dijo el presidente de aquella siniestra asamblea—todos sabéis que Rocambole y su banda, fiados en el poder de una daga que, según ellos, les convierte en invulnerables, han jurado nuestro exterminio, comunicándose para la matanza la palabra de orden «Sentido jurídico.» Nosotros no podíamos menos de acudir a nuestra defensa, y recordando que en otras edades produjo gran efecto para la degollación de los frailes el acusarles de haber envenenado el agua de las fuentes públicas, acordamos en nuestra última reunión provocar grandes incendios en todo el perímetro de Madrid, y acusar a Rocambole y los suyos de ser los iniciadores y causantes de tan espantosa quema.

«De este modo, las iras populares, que creían concitadas contra nosotros, se desataron contra ellos, y las vengadoras manos del pueblo nos libraron de esos siniestros seres que han jurado vanamente el exterminio de nuestra raza.

«Decidme ahora cómo habéis cumplido las órdenes que os fueron comunicadas para proceder al incendio de Madrid.»
Yo—dijo uno de los conjurados—visité al ministro de Fomento en su despacho, y poniendo un retrato sobre varios expedientes, le obligué a que fijase en aquél los ojos. El fuego de su mirada prendió en los pliegos del expediente, y cuando llegaron con regaderas los porteros, ya era tarde. El ministerio ardía como una inmensa pira.

Yo—dijo inmediatamente otro—busqué afanosamente a D. Benedicto Antequera, que es el último fosforito, y restre-

gue suavemente su cabeza contra una pared. Una vez en combustión, lo arrojé sobre un gabán de pieles de Aguilera, y el incendio se comunicó a toda la manzana.

—Cumpliste tu deber—arguyó el presidente—seguid vuestra narración.

—Por lo que a mí corresponde—dijo un tercero—la cosa fué fácil. Invité al diputado carlista Mella a un paseo por la corte, y le hice detenerse delante de una hojalatería. Allí me pronunció un discurso guerrero de tonos tan calientes, que a los pocos momentos hicieron explosión cinco latas de petróleo que el hojalatero tenía en su tienda para la venta al por menor. El incendio se propagó a todo el edificio, y con objeto de acrecentar sus destructores efectos, supliqué a Mella que continuara dándome la lata, y no se hizo de rogar.

—Habéis cumplido maravillosamente las órdenes que se os comunicaron. Las llamas son dueñas de Madrid. Desde aquí divisó los rojizos resplandores. Volad, id propagando entre las aterradas turbas que este inmenso incendio es obra de Rocambole. Decidles que lo ha provocado para desmentir su fama de político frío, y calentar si le es posible al elemento neutro. Todos os creerán, y el triunfo coronará nuestra empresa. Las mangas de riego que procuren dominar el incendio, se alimentarán con la sangre de nuestros enemigos. No os detengáis; salid gritando: ¡Muera Rocambole!

—¡Muera! rugió, poniéndose en pie la siniestra asamblea, y a los pocos instantes todos los que la componían se desparaban por las calles.

Uno sólo se quedó.
—¿Y tú, por qué no acudes como los otros a gritar: muera Rocambole?—le interrogó el Presidente.

—Porque el calor del incendio perjudicará a mi mercancía.

—¿Pues qué llevas en esa cesta?
—Huevos frescos, y si los saco por las abrasadas calles se me freirán.

—¿Y eso es lo que te detiene?—balbuceó ronco de ira el Presidente.—¡Vete, hombre de poca fé, a cumplir los mandatos de nuestra Santa asociación, y en todo caso, déjame la cesta.

El avergonzado compañero lo hizo así, y bajó a reunirse con los demás.

Entonces el presidente abrió el balcón, y a la vista del incendio, cuyas espantosas llamas se retorciaban en todas direcciones, coronando como inmenso penacho los tejados de la población, una sonrisa de triunfo plegó sus labios.

Se oían por las calles terribles alaridos de espanto y repetidos gritos de ¡muera Rocambole!

Pero en algunos instantes de silencio se escuchaba también una dulce voz femenina entonando una romanza. Romanza extraña, originalísima y nunca escuchada.

Su letra decía:
«Volverán las oscuras golondrinas
de tu balcón los nidos a colgar...»

La voz de la cantante la modulaba de un modo delicado. Era espantoso el contraste entre el incendio y sus fragores y alaridos y aquel suave y plácido canto que convidaba al reposo de la noche.

—¡Es Emilia la pálida! dijo el presidente, y se abismó en las melancólicas dulzuras de tan extraña melodía.

Mientras tanto, todas las parroquias de Madrid tocaban a fuego, y el Gobernador se desperezaba en su lecho, exclamando con tono de duda:
—¿Parece que se quema algo!

(A seguir.)